

vuestra energía y arrojo para condenar nuestros delitos, han hecho que la batalla librada contra Satanás en estos Santos Ejercicios, haya sido coronada con la victoria más completa, definitiva y perdurable. ¿Qué mejor recompensa podríais apetecer?

Volverémos á ser atacados por el enemigo con más furor, con más rabia que nunca, segun nos lo habeis anunciado. Pero no importa; hoy estamos fuertes; hoy el ángel rebelde no nos sorprenderá desarmados, ni desprevenidos. Hoy la gracia del Señor nos acompaña, nos escuda, nos defiende. . . . Y si algun dia, esas armas preciosas de la gracia que nos habeis ayudado á forjar comienzan á gastarse, á sernos inútiles, porque ya no podamos manejarlas, acá vendrémos presurosos á renovarlas, á fortalecernos nosotros mismos, que será el mejor modo de acreditar que hemos alcanzado el fruto de estos Santos Ejercicios.

Vendrémos, sí. . . . ¿No es verdad que vendremos. . . .? Porque, ya lo vereis: esta Casa nos atraerá con fuerza misteriosa é irresistible, y volveremos á ella, en busca de estos dichosos dias en que todos hemos confundido nuestras lágrimas, mezclado nuestros sollozos, invocado á la Virgen Santísima, y pedido á Dios misericordia.

Y ahora, señores ¡al mundo! ¡otra vez á luchar! ¡otra vez á combatir por la salvacion de nuestras almas y por el triunfo de Jesucristo!



DESPEDIDA.

Despues de unos ejercicios.



ÍRGEN Santísima, Madre y Señora Nuestra: aquí estamos, á tus sagradas plantas, estos tus hijos amantísimos, para pronunciar la triste despedida de este Asilo bendito, donde, huyendo de la tempestad, nos hemos refugiado durante nueve días. ¡Qué pronto ha llegado este amargo momento, temido ¡ay! por los que podemos decir lo que Pedro, allá en el monte donde se transfiguró tu Divino Hijo: *¡bien estábamos aquí, Señor!* ¡Qué breves han sido esas horas de íntimas confianzas en que veníamos á Tí á descargar nuestro pecho de sus tristezas, á revelarte nuestras angustias, á pedirte fuerzas para vencer nuestra debilidad! ¡Qué léjos están ya aquellos instantes en que Tú nos oías atenta y enternecida, dispuesta á que se obraran en nosotros, por tu mediacion, los milagros de la gracia!

Ahora.... ¡oh dolor!.... venimos á despedirnos de Tí; venimos á decirte adios, porque el deber nos arranca despiadadamente de tu lado....

¡Y el corazon no se nos parte en pedazos al pronunciar esa palabra! ¡Y nuestros ojos no se nublan al dirigirte nuestra postrera mirada!...

En estos momentos en que vemos transponerse el sol que nos ha alumbrado durante nuestras medrosas meditaciones; en que las voces amigas y salvadoras que hemos oído en el santuario se han apagado; en que los perfumes de tantas oraciones se disipan, y las huellas de tantas lágrimas se borran, una indefinible mezcla de amargura y de júbilo inunda nuestras almas. De amargura, porque te dejamos; de júbilo, porque nos llevamos impresas en lo más hondo de nuestro sér indelebles señales de tu amor, prendas valiosas y seguras de tu solicitud maternal. De júbilo, sí; porque merced á Tí, hemos podido recoger en el mar insondable de la Misericordia Divina, sargas de preciosas perlas que codiciosos escondemos hoy en el relicario de nuestro corazon, y que podrán servirnos mañana para lograr la entrada á la celestial Jerusalem.

¡Y cómo no regocijarnos, Madre amorosa, si al abandonar hoy esta isla solitaria y apacible, para volver al embravecido océano del mundo; si al dirigir nuestros adioses á los sitios donde han resonado nuestras plegarias, recordamos agradecidos las promesas dulcísimas que nos has hecho en nuestros coloquios contigo, en este mismo lugar!....

Permítenos, ¡oh Amparo de los débiles! que ántes de partir, y cuando más necesitamos acogernos á tu piedad, para no desfallecer, vengamos á recordarte esas promesas tuyas, que como rocío del cielo han caído sobre nuestros corazones; que como fresca y suave brisa ha impregnado de aromas nuestros sentimientos; que como luz desprendida de la corona que ciñe tu frente inmaculada ha iluminado las lobregueces de nuestro espíritu; que como licor de vida y de salud nos ha fortificado....

Permítenos, ¡oh Azucena de los vergeles del cielo! que vengamos á recordarte, hoy que se desgarran nuestro pecho por esta dolorosa despedida, que tú nos ofreciste, cuando te lo pedimos en medio de dolientes gemidos, que convertirías los áridos arenales de nuestras almas, en pensiles floridos, donde crecerían todas las virtudes. Tú, Madre de toda pureza, nos has ofrecido también ampararnos con tu manto, para que el pecado no manche nuestras almas, para que nuestro pensamiento no se turbe, para que nuestra conciencia no se aduerma sosegada con las máculas que nuestra maldad arroja sobre ellas; sino que nos pida con apremiantes clamores las aguas de la piscina purificada. Tú, Manantial inagotable de toda fortaleza, nos has dicho que darás aliento, poder y resistencia á nuestros corazones, para que no sufran desmayos en el dolor, ni desesperacion en las penas, ni quebrantos en las vicisitudes del mundo, ni turbaciones ante las injusticias de los hombres.

¿Recuerdas, ¡oh Madre del amor hermoso!

que bajo tu patrocinio hemos puesto nuestros hogares, y que Tú gustosa has acogido las prendas de nuestro corazon, para velar siempre por ellas y protegerlas? . . . ¡No queremos irnos sin el consuelo de repetir aquí, delante de tu imágen bendita, que la Paloma del Cielo será desde ahora, conforme á tu promesa, la que cobije bajo sus alas á nuestras cristianas familias!

Finalmente: Tú, María, la Madre de los pecadores, cuyo corazon es el rico sagrario de la misericordia, has oído llena de clemencia nuestra angustiosa súplica, cuando te pedimos que nos asistas y salves á la hora de la muerte.

Esta es la promesa tuya que más valer tiene á nuestros ojos; la que nos enagena de gozo; la que llevamos como un tesoro, el más hermoso y el más querido, entre nuestros recuerdos de estos días inolvidables . . .

Nos vamos, Señora: pronto las puertas de esta Santa Casa se abrirán para arrojarnos al mundo; pero . . . ¡oh dicha inefable, oh mereed singular que excede á nuestro agradecimiento! . . . saldremos agobiados bajo el suave peso de tus ternuras y de tus bondades, de tus consuelos y de los dones preciosísimos con que, en union de tu Hijo Amadísimo, has cargado á nuestras almas pecadoras. . . . Sobre todo, Madre de la dulce esperanza, aquellas promesas de salvacion y de eterna salud, ¿cómo las podremos olvidar, hoy que necesitamos gustarlas con delectacion angélica para amenguar la amargura de nuestra partida? . . .

Razon tenemos, pues, ¡oh Madre nuestra!

para glorificarte y bendecirte, y bien podemos decir, con las palabras de tu Cántico, que *nuestro espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad* de la Virgen de los cielos, *porque ha puesto la mira en estos sus humildes siervos, á quienes tendrán por dichosos* los que no han participado de estos bienes: *pues ha hecho en nuestro favor cosas grandes y maravillosas* la que es Hija predilecta del Todopoderoso, y cuyo nombre es *infinitamente santo*. . . .

Sí, porque tu misericordia se extiende á todos los pecadores, y en ella buscan un refugio y un amparo los que temen al Señor. . . . Vuelves tus ojos á quienes te invocan y te llaman, y con el brazo de tu poder disipas las tormentas en que perecen. Tú cubres con tu manto á los humildes y á los débiles, y los elevas hasta el cielo, *por tu gran misericordia y bondad*. . . .

¡Míranos, pues, ahora, Santísima Virgen María, y que tu mirada sea el lazo amoroso que nos una para siempre á tu corazon sacrosanto!

Nos vamos; pero ántes, regálanos por la vez última con el dulce nombre de hijos tuyos; favorécenos con nuevos dones, que sean el escudo que ha de librarnos de los dardos enemigos, y llénanos de tu divina gracia, para triunfar y perseverar . . .

Nos vamos; pero ántes, repítenos tus promesas de que serás siempre la dulce medianera entre tu Divino Hijo y nosotros; de que estarás á nuestro lado en la hora tremenda de nuestro juicio para ser nuestro refugio. . . .

Mira que entre los que postrados á tus sagradas plantas gemimos hoy de dolor, hay mu-

chos que tenemos miedo de caer y perecer; mira que á las puertas mismas de esta morada de paz, nos esperan nuestros implacables enemigos, para reanudar desde luego su batalla contra nosotros; mira que si Tú no nos proteges y amparas, perecerémos sin remedio! ¡No permitas, ¡oh Virgen Inmaculada!, que el lobo carnicero del pecado desgarre las vestiduras de la gracia con que de aquí salimos hoy engalanados! ¡Sé nuestra Salvadora, sé nuestro Refugio, sé nuestra Madre! . . .

(1895.)



ALOCUCION.

(Al colocarse la primera clave de un templo.)

EVANTAR templos en una época en que las tempestades de la impiedad los destruyen; construir santuarios cuando la zapa demoledora de los enemigos de Dios una á una van desgajando las piedras que forman los venerables monumentos de la piedad de nuestros padres,—¿es locura, Señores, ó es alarde magnífico y valiente de la acendrada fé de los mexicanos católicos?

Nunca, como hoy, todo lo que lleva el sello de la Religion del Crucificado tiene que sufrir tan rudos golpes, tan extraordinarios y continuados embates. Instituciones, ideas, creencias; templos, casas de caridad, claustros silenciosos donde sólo se ora y se bendice al Señor, todo sufre en esta época de molicie y de pla-

cer la implacable acometida de los poderes del infierno.

Caen con estrépito las monarquías para ser substituidas por gobiernos revolucionarios, enemigos de la paz, del orden y de la felicidad de los pueblos; en la escuela y en la tribuna, en la prensa y en el libro, se hace propaganda de ideas perturbadoras, sembrando así en todos los corazones el germen envenenado de pavorosas dudas y de mortales desengaños. Las moradas de Dios, esos santuarios donde en otras edades se tributaban fervorosos homenajes á la Divinidad, son profanados, derruidos, y de muchos de ellos no va quedando ya ni el recuerdo. En los apacibles retiros donde en otro tiempo sólo resonaban los cánticos de las vírgenes del Señor, oyéanse hoy, cuando no los alaridos de la orgía, las maldiciones y los conjuros de quienes quisieran borrar de la faz de la tierra hasta la última huella de los que creen y ponen sus esperanzas en el cielo.

Pues cuando esto vemos y esto presenciamos diariamente, ¿no debe admirarnos que se levanten templos espaciosos y magníficos como éste? . . . ¿No deben latir de gozo nuestros corazones de católicos al contemplar tan singular prodigio. . . ? Ayer apenas, puede decirse, colocamos la primera piedra de este nuevo Santuario, y ya hoy sus muros alcanzan notables proporciones.

La bóveda azul del cielo ha cobijado hasta ahora este recinto, y hoy venimos á colocar la primera clave de sus arcos, sobre los cuales se construirán las bóvedas donde se detendrán

despues, como estáticas ante los misterios del Altar, las nubes del aromoso incienso. . . . ¿No merece este acontecimiento ser celebrado con cánticos de regocijo? . . . Por que hoy no estamos ya, por desgracia, en las venturosas edades en que un templo se levantaba como por milagro, obra de la espléndida munificencia de algun magnate piadoso; en que los tesoros de nuestros mayores se abrían liberalmente para construir catedrales y levantar monasterios.

Hoy los milagros tienen que ser mayores, más estupendos y pasmosos. Hoy, para fabricar muros como éstos, tiene que acudirse, no á los potentados, no á los poderosos de la tierra, no á los que tienen henchidas sus arcas de oro y pedrería, sino al pobre, al humilde, y al desvalido. . . . Hay que reunir una á una, como se juntan las gotas de miel en los panales silvestres, las ínfimas monedas que han de formar el tesoro necesario para construir y decorar este templo. . . . Aquí vienen el pobre óbolo de la viuda, la exígua economía del artesano, la humilde dádiva del huérfano, el modesto presente de la madre de familia. Vosotros, católicos habitantes de estas Colonias, sois las abejas que estais formando este panal de dulcísima miel, este santuario consagrado á la Inmaculada Virgen María, en el cual podreis venir á libar más tarde las dulzuras de la oración. . . .

Vosotros estais confirmando de elocuentísima manera la creencia que todos tenemos de la acendrada fé, de la piedad honda, de la ternura infinita que guardan los corazones mexi-

canos para la Santa Madre de Dios. Y al erigir este templo, y al dedicarlo al Purísimo Corazón de Nuestra Madre que está en el cielo, vais á perpetuar el amor que por Ella abrigais, la gloria que, de llamaros hijos suyos, os cubre y ampara.

No desmayeis, pues: proseguid con fé, con ardor é inacabable constancia esta obra merítísima, grata á los ojos de Dios y de su Santísima Madre.

Os dije ántes que el mundo podrá llamar locura al hecho admirable de levantar una basílica en estos tiempos de general demolición. Demostrad vosotros que esa locura os hace obrar milagros, pues no de otra manera merece llamarse ciertamente la construcción de este templo, con solo los dones modestísimos de los católicos de estas Colonias. Demostrad también que al levantar estos muros, quereis hacer ostentación de vuestro glorioso título de hijos de Jesucristo. hoy que tantos quieren ocultarlo.

Cada piedra, cada pilar, cada bóveda de este novísimo templo, podrá significar para muchos de vosotros un sacrificio; pero ¡qué importa! si por medio de ese sacrificio estais sin duda conquistando un sitio al lado de la Virgen Santísima, allá en el cielo. . . ¡Qué Ella os dé perseverancia. que Ella conserve vuestros días hasta el felicísimo momento en que vengamos todos á alabarla y bendecirla en su templo ya concluido!

Abril 1.º de 1894.

INDICE.

	Págs.
Noticias del autor y de sus escritos.....	VII
La Biblia.....	1
Poder del Cristianismo.....	25
La Cuaresma.....	37
La Semana Santa.....	43
Carácter y Costumbres.....	57
La Música bufa.....	71
Días de Primavera.....	81
Recuerdos del Evangelio.....	91
Mañanas de Abril y Mayo.....	101
Pío IX.....	197
León XIII.....	115
Fin de año.....	123
Los Estudiantes en Vacaciones.....	127
El Día de Muertos en mi pueblo.....	135
El Periodismo.....	145
Los jóvenes de hoy.....	153
Nuestra Literatura.....	161